

# Daños Colaterales

Pablo Rojas

Colateral no es lo mismo que “accidental” o “sin intención”, sino más bien “secundario”. Peor: a nadie le importa. Da lo mismo.

Lo peculiar de la guerra que dice haber emprendido el gobierno contra grupos delictivos, es que sus “daños colaterales” son muchísimo más altos que sus logros en términos policíaco-militares y también mucho más altos que las bajas de uno y otro bando: policías y ladrones, buenos y malos, buenísimos y malísimos, en la retórica que llena planas y pantallas. Es la retórica de la guerra, y a nadie le importan los que mueren “colateralmente”, aunque sean los más.

Después de 35 mil muertos, son pocos los que se resisten a creer que esta guerra es un fiasco y que viene lo peor. Lo que se prevé es que empeore la situación, y que se multipliquen los muertos.

¿Cuántos de esos 35 mil muertos son policías y militares, y cuántos narcotraficantes? Si fueran policías y militares, “la guerra” ya se habría perdido y sería un escándalo como lo fue Vietnam. Las fuerzas federales tienen como a 40 mil hombres desplegados en su guerra. Si fueran del “crimen organizado”, estarían francamente diezmados y las fuerzas federales y el gobierno caminarían tranquilos (o intentarían matar a otros 35 mil para estar seguros).

Pero no, ni una ni otra cosa, porque el mayor número de muertos, por mucho, los ha puesto la sociedad. La gente de aquí y de allá, jóvenes la mayoría, que quedarán sin nombre, sin lugar y con el estigma que el gobierno ha procurado poner a todo aquel que muere en su guerra.

La guerra tiene un inicio claro con la implementación del Operativo Conjunto Michoacán a finales del 2006, a sólo diez días de haber asumido Calderón la presidencia. Es su guerra. “El gobierno mintió y quiere cargar la guerra a la sociedad civil, como si ésta la hubiera iniciado o la apoyara”, dice, desde Reynosa, Isabel, madre soltera y activista. El gobierno inició una guerra que nadie apoya hoy en día y que amenaza con destruir lo poco que le queda a la población: su vida.

Entre los últimos meses de 2006 y los primeros de 2007, el gobierno de Calderón llevó al ejército a las calles de Michoacán, Baja California y Chihuahua. Las denuncias sobre abusos y violaciones a sus derechos de cientos de ciudadanos no lo hicieron pestañear. Apenas dos meses antes, como presidente electo pero todavía no en funciones, había acusado a los maestros de Oaxaca de cometer “una grave violación a los derechos humanos” de los niños (nota de *El Universal*): “Es una terrible violación a los derechos humanos dejar a los niños sin clase”, comentó.

Como presidente electo, estuvo al tanto y apoyó el envío de la Policía Federal a Oaxaca a enfrentarse a miles de ciudadanos. Era el último mes que le quedaba a Fox como presidente.

Las “graves violaciones a los derechos humanos” que han documentado organizaciones que los defienden, e incluso tímidamente la CNDH, no han tenido eco. Se minimizaron. Lo que publicó Human Rights Watch fue objeto de escarnio en México, y fue pasado por alto, porque cuando salió a la luz, se avecinaba la epidemia de la influenza. Independientemente de lo que se pueda pensar de esas organizaciones, los casos estaban perfectamente documentados. Entre los casos más importantes estaba el de la violación tumultuaria a tres menores de edad, y el secuestro de 36 personas por parte del ejército. “Investigaban” una emboscada contra una unidad militar.

Antes del 2006, las cabezas humanas rodando por doquier, las masacres de jóvenes, y los miles de muertos eran prácticamente desconocidos. La guerra, sus hombres y su nombre, sólo se habían mostrado en contra de comunidades en Chiapas, en tiempos recientes. De aquí la guerra y sus muertos se generalizaron.

Con 35 mil muertos, la guerra de Calderón no terminará pronto. ¿Cómo terminará, cuándo? Por lo pronto, no sucederá.



“Dentro de lo ilógico de esta guerra, está la presunción oficial de que entre más muertos haya, mejor vamos”, dice un sociólogo de la UAM. “Pero nadie repara en quiénes son esos muertos, ¡por dios!, no es tan difícil saber que la mayor parte de las víctimas vienen de la población civil. La muestra es clara, dónde están los nombres de esos miles y miles de muertos, dónde está su ficha que indique que eran parte del crimen organizado, para quién trabajaban, cómo... no hay nada de eso”.

Los daños colaterales tienen formas, la primera, es el miedo.

### Forma 1: el miedo

El miedo cala hondo, no mata, pero, a veces, inmoviliza.

Las casas abandonadas, el cambiar de las ciudades, los desplazados por una guerra que no eligieron, los retenes, las armas, las primeras planas. “Toda la maldita guerra de este gobierno está acabando con nuestras ciudades, y lo que queda es el miedo”, dice Rodolfo, quien vive en Monterrey, y que hoy la piensa abandonar.

El miedo lo puede todo. Adiós a la vida social, a salir de casa, a tomar una chela, a caminar tu pueblo, a sembrar tranquilo, a dormir tranquila, a reunirse con los tuyos, a organizar la fiesta de la comunidad... A todos niveles, desde los que amenazados en la región tepehuana tienen que huir, hasta la vida cotidiana trastocada en sus más chiquitas expresiones:

Una señora de aproximadamente 85 años vive desde hace unos 50, en Cuernavaca. Creció y creyó en las instituciones. Sale en su coche a comprar algo. Un policía le marca el alto. Viene el terror. La anciana pisa el acelerador, y huye. Ya en su casa, cuenta cómo escapó del policía, que, dice ella, era posible que la secuestrara o robara. Eso es tener miedo. A la “autoridad”. A ella no le pasó. Un joven va a Ciudad Juárez a conversar con otros jóvenes sobre la violencia generalizada. Le platican. Salen de la conversación para llevar a alguien a su casa. La imagen de la señora de 85 años en Cuernavaca se hace realidad. Policías, uniformados claro está, les hacen el alto. Su patrulla está ahí, visible. Uno de los policías baja al joven que conduce el auto y toma su lugar. Conduce el auto con los otros tres jóvenes de pasajeros; los lleva

a un callejón: “Ya valieron madres, ya valió madres todo, hijos de la chingada”. Un silencio. El policía les explica: “Miren pendejos, ustedes se mueren aquí, ¿y qué?, mañana aparecen como narcos y nadie va a investigar, así que *cáiganse*”.

Nadie va a investigar.

Lo malo de los buenos del cuento es que son inverosímiles. Nadie les cree, nadie los apoya y todos les tienen miedo.

Cuando en facebook y por correos electrónicos se anuncia que habrá una nueva balacera en Cuernavaca, la gente no sale. Literal. Los antros de moda fueron cerrando uno a uno en la ciudad de la eterna primavera. Ningún funcionario de ningún nivel de gobierno, ningún militar o jefe de policía, desmentirá la *especie*. Son generadores de miedo y, cuando no, son cómplices.

Una tanqueta de la marina se aposta en la entrada a esa ciudad. Apuntan con sus armas a quien pase. Traen pasamontañas. ¿No son los *transgresores de la ley* los que se cubren los rostros?, piensa Jimena, estudiante de historia.

“Morir por esta guerra es una estupidez”, dice una joven de Ciudad Juárez. Desliza la idea de que sí hay una guerra. “No es que sea una guerra contra la delincuencia, es una guerra contra la población, contra nosotros, específicamente contra los jóvenes... Estamos hartos de vivir con miedo”, remata.

Tomarte una cerveza en Ciudad Juárez puede ser mortal. Y decidir tomártela en tu casa del Infonavit, con tus amigos, en Villas de Salvárcar u Horizontes del Sur, o tantos otros fraccionamientos, puede ser peor.

“Hace unos años, cuando empezaba el desmadre, la gente en Tijuana, en general, veía con buenos ojos que llegaran los militares, porque estábamos desesperados, pero el remedio fue peor”, dice Eduardo, tijuaneño. Igual pasó en Juárez. Hoy, la sociedad civil exige que los militares salgan de sus poblaciones. De sus casas. Que paren sus atrocidades, que los dejen en paz. “El gobierno y la prensa simplemente no entienden, y no entienden porque no viven aquí”, continúa Eduardo. “La prensa en general, periodistas que nunca salen del DF piensan que estamos locos, ¿cómo puede ser —dicen— que hagamos marchas para que se vayan los militares y federales y no para que se vayan los narcos?”. “No es tan difícil de entender. Desde que inició esta ‘guerra’ las víctimas hemos sido nosotros,

la sociedad en general y, si de algo sirvió, fue para darnos cuenta que el ejército y la policía actúan igual que los supuestos enemigos de nuestros hijos”. “Esta tontería de que las muertes y la guerra es para que no llegue la droga a nuestros hijos es inaguantable, se cae en pedazos, es una imbecilidad”.

Desde que el gobierno federal inició un operativo conjunto en Michoacán, para luego llevarlo a Baja California y Chihuahua, el miedo ha crecido en la misma proporción que las violaciones a los derechos humanos por parte del ejército y la policía federal. Laura, de Cuernavaca, ataja: “Cuando dicen ‘violación de los derechos humanos’ se oye como un eufemismo, es más grave, hay que decir lo que es: golpizas, secuestros, asesinatos y violaciones. Así, sin lo de ‘derechos humanos’ que luego se usa para minimizar lo que está pasando”.

\*\*\*

Leído en twitter:

¿Si van 35 mil muertos durante la “Guerra” vs las drogas y han caído 20 de los 30 “más buscados”; cuántos muertos faltan?

35 mil muertos. Mil de ellos, niños, según la ONU.

35 mil muertos y no se ofenden. Un pendejo patea una lechuza y se vuelven locos.

Y los casi 35 mil muertos en la guerra contra el crimen organizado acá? Esas son malas noticias, pero según Calderón no hay que decirlo!!!

Si “ya no es guerra”, ¿es campaña de vacunación?

\*\*\*

## Forma 2: La muerte

¿Quiénes son esos 35 mil muertos? “La muerte en México no se investiga”, dice una periodista.

¿A quién le consta quiénes son esos 35 mil muertos y muertas? ¿Quiénes son sus madres, hermanos, esposas? ¿A cuántos más dejaron sin vida con estas muertes, cuántas familias, comunidades, poblados? Los daños colaterales parecen ser mucho más profundos de lo que las ya de por sí increíbles cifras dicen.

La muerte en las guerras tiene por lo menos dos facetas: la del que muere, la muerte individual, trágica si es por estar donde no debes (ese lugar ya son miles de kilómetros cuadrados), y la muerte de poblaciones, comunidades y familias.

Treintaycincomil, 35mil, 35,000, quién sabe cómo se deba escribir ese número que va aumentando día a día, para que pueda ser, de alguna forma, impactante. Para el Pentágono, hasta principios de 2010, unos 5 mil soldados estadounidenses habían muerto en las guerras de Irak y Afganistán. En el evento que cambió la forma de entender el miedo y la guerra, el famoso 9/11, en Nueva York, 2 mil 973 personas murieron, según datos del gobierno de Estados Unidos. De Influenza H1N1 murieron unas decenas. Y aquí, la guerra parece no tener fin. La Guerra Sucia de la dictadura en Argentina dejó unos 30 mil desaparecidos que, hoy se sabe, deben estar muertos. En Chile, la dictadura de Pinochet dejó unos 3 mil muertos y 30 mil torturados. Cifras estremecedoras que cambiaron gobiernos, que impactaron, que indignaron, que cambiaron la forma de ver aspectos del mundo en el que vivimos. Aquí, el gobierno de Estados Unidos felicita a Calderón, aunque previene a sus ciudadanos de venir a este hospitalario país. Y seguimos al siguiente tema... la elección en el Estado de México.

Lo que recuerdan las muertes es que hay vivos, “y que viven en un verdadero estado de inseguridad, tomando en cuenta lo económico y lo social”, dice el escritor Fernando Lobo. “Los muertos ahí están, pero me preocuparía ahora por los que quedan; los que seguirán viviendo este clima de guerra en Reynosa, en Monterrey, en Acapulco, en Cuernavaca, ya no se diga en Juárez”. “Y aunque no nos guste, ni caigamos en teorías de *complots*, ahí está lo de Rápido y Furioso”, que consiste en el trasiego “controlado” de armas desde Estados Unidos a México, operativo instrumentado por el gobierno de aquel país.

Lo complicado es que parece que la guerra está en un punto de no retorno. La bola de nieve no está próxima a derretirse, así que las muertes continuarán, rápidas y furiosas.



A comunidades campesinas que de por sí están en la pobreza, y de las que miles han salido a migrar, ahora se suma la zozobra y la muerte por estar en *El Triángulo Dorado*, o en el círculo más oscuro, con todo lo que conlleva que un cuartel militar se traslade a su comunidad.

Los desplazan. ¿Quién ocupa sus mancilladas tierras? Qué efectos tendrá a mediano y largo plazo, no se sabe con certeza, aunque se intuye. Pero, a quién le importa. Las tierras muertas por el ahogo económico las rematan con una guerra.

Que no es sistemática, dicen los periodistas de televisión, que son errores que en cualquier guerra se dan. Van ya, unas decenas de miles de errores. Vaya, lo peor es cuando dice el presidente que nunca llamó guerra a su guerra. Porque si no, queda en el aire seco que tal vez los daños colaterales no sean daños colaterales.

Lo que queda es que, en efecto, estas muertes a pocos les importan. Si son estigmatizados, menos. Eran narcos, estaban en algo, el mismo argumento estremecedor que se utilizó cuando se intentó



justificar los feminicidios. Hay un desprecio por los muertos y sus deudos. Un desprecio por la vida de las y los que siguen en un intento por sobrevivir en un país como México.

Lo que sabemos que ocurre en las ciudades, algunas emblemáticas como Monterrey y Acapulco, es muchísimo si lo comparamos con lo que sabemos de las comunidades campesinas e indígenas, que enclavados en las sierras y montañas nunca serán noticia. En Guerrero, por ejemplo, los campesinos son compañeros de la muerte desde hace años. Y ahora en Tamaulipas, el desplazamiento de habitantes del municipio de Mier se da porque quedaron atrapados en “el fuego cruzado” entre buenos y malos. De 7 mil 88 habitantes que tenía, este año cuenta con 40 por ciento menos, unos 4 mil 768 habitantes (nota de *Reforma*). Este clima comenzó cuando el gobierno federal envió a 3 mil elementos del Ejército y la Marina. Aquí es claro cómo las bajas, los desplazados, son población civil.

De tanta muerte se indigesta cualquiera. Por eso ya no es novedad. Un mecanismo que tiene que ver con el miedo empaña la visión de quienes somos testigos y víctimas de una escenificación que tiene principio con su tercera llamada, pero no se sabe de cuántos actos consistirá. Los ojos ya no aguantan la tragicomedia sin fin, sin intermedio, y donde el público además es el que carga con las muertes.

El miedo y la muerte han desfigurado y configurado nuevamente lo que se supone que somos. La guerra es real, y la muerte cercana. El miedo las une, puedes no morir, pero tampoco vivir.

Hay atisbos, sin embargo, de otra forma de daño colateral, que puede ser, por lo pronto, una salida al círculo guerra-miedo-muerte: la indignación y la rabia.

### **Forma 3: Indignación y rabia**

Paradójicamente, la indignación es parte de los resultados de una campaña bélica que ataca principalmente a la población, a la que se supone, deberían de cuidar las fuerzas federales. El hartazgo de la gente es tal, que esa indignación, como decía F, estudiante de la UACJ en Juárez, puede convertirse en organización. Es difícil organizarse pacíficamente en un clima de guerra, pero hay los intentos.

Estas historias de indignación y lucha necesitan salir a la luz, como es necesario que salgan las historias de las decenas de miles de muertos, sus comunidades y sus familias.

La indignación, por un lado, “impedirá que acabemos el día tan tranquilos pensando en que hay ya 35 mil delincuentes menos, pero luego despertar y pensar que faltaría matar a otro tanto para que, por lo menos, empatemos en el marcador”, dice Sonia, a quien le mataron a dos primos en Ciudad Juárez. La indignación también puede impedir que sigamos hablando en plural cuando se trata de una guerra que un hombre y su gobierno, decidieron emprender. La indignación procurará “que uno no se trague el cuento de que toda esta guerra y sus muertos es para salvar a nuestros hijos de las drogas”, termina Sonia.

La indignación y el coraje podrá dar nombres a los muertos, y terminar con el debate moral sobre si drogas sí, o drogas no. El punto nunca estuvo ahí, de hecho se ha difuminado también en los medios, como si la guerra fuera porque sí, como si la sociedad estuviera atrapada en una espiral imbatible, como si hubiera un destino manifiesto. La indignación recuperará la historia reciente y verá que hay un inicio claro y contundente de este episodio y que quien la inició es responsable de lo que ocurre.

\*\*\*

El trasiego de estupefacientes es un negocio altamente lucrativo, detenerlo no parece prioridad de ningún gobierno, como tampoco lo es detener el tráfico de armas, o el tráfico de personas. Negocios redondos para los implicados, más si los muertos los ponen los que no sólo no se benefician del negocio, sino que son víctimas de él. Jóvenes en casi todos los casos, jóvenes pobres, migrantes muchos, personas que buscan un futuro mejor para su familia y comunidad, que están también siendo destrozadas. Los que murieron, nunca controlaron el tráfico de nada; traficaron con ellos. Hoy las rutas del tráfico de drogas, armas y personas recorren los mismos caminos. No hay quien los pare, porque no hay quien quiera pararlos. En cambio, se desató una guerra desde y por el poder, una guerra entre poderosos que ataca a esos mismos jóvenes que no tienen nada y a la sociedad. Hay un antes y un después. Sabemos que los muertos tienen nombre y que no tenían el poder; los muertos, eran pobres. A los daños colaterales, se les empieza a caer lo colateral.